



Equipo Laico al servicio de la Pastoral

Semilleros de Vocaciones

V Encuentro General de Dirigentes de Semilleros de Vocaciones

Didáctica para la Asamblea General de Semilleros de Vocaciones

Martes 12 de mayo de 2026



2º TEMA: VOCACIÓN Y MISIÓN

“Todos los bautizados deben tomar conciencia de que han sido configurados con Cristo sacerdote, profeta y pastor, por el sacerdocio común del pueblo de Dios. Deben sentirse corresponsables en la edificación de la sociedad según los criterios del Evangelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con sus pastores.”
(Documento de Aparecida)

La Exhortación Apostólica Postsinodal *Christifideles Laici*, del Papa San Juan Pablo II de 1988 nos recuerda que: Los niños son, desde luego, el término del amor delicado y generoso de Nuestro Señor Jesucristo: a ellos reserva su bendición y, más aún, les asegura el Reino de los cielos (cf. Mt 19, 13-15; Mc 10, 14). En particular, Jesús exalta el papel activo que tienen los pequeños en el Reino de Dios: son el símbolo elocuente y la espléndida imagen de aquellas condiciones morales y espirituales, que son esenciales para entrar en el Reino de Dios y para vivir la lógica del total abandono en el Señor: *«Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba incluso a uno solo de estos niños en mi nombre, a mí me recibe»* (Mt 18, 3-5; cf. Lc 9, 48).

La niñez nos recuerda que la fecundidad misionera de la Iglesia tiene su raíz vivificante, no en los medios y méritos humanos, sino en el don absolutamente gratuito de Dios. La vida de inocencia y de gracia de los niños, como también los sufrimientos que injustamente les son infligidos, en virtud de la Cruz de Cristo, obtienen un enriquecimiento espiritual para ellos y para toda la Iglesia. Todos debemos tomar de esto una conciencia más viva y agradecida.

Además, se ha de reconocer que también en la edad de la infancia y de la niñez se abren valiosas posibilidades de acción tanto para la edificación de la Iglesia como para la humanización de la sociedad. Lo que el Concilio dice de la presencia benéfica y constructiva de los hijos en la familia *«Iglesia doméstica»*: *«Los hijos, como miembros vivos de la familia, contribuyen, a su manera, a la santificación de los padres»*, se ha de repetir de los niños en relación con la Iglesia particular y universal. Ya lo hacía notar Juan Gersón, teólogo y educador del siglo XV, para quien *«los niños y los adolescentes no son, ciertamente, una parte de la Iglesia que se pueda descuidar»*.

Los niños y adolescentes son imagen del reino por su sencillez y apertura y capacidad de asombro. La comunidad cristiana debe protegerlos formarlos en la fe y acogerlos con ternura.

Ellos están llamados a ser protagonistas del presente y constructores del futuro. Se les anima a vivir con entusiasmo su fe, a comprometerse en la transformación del mundo según el Evangelio.

Asimismo, los EQUIPOS DE SERVICIO, que son sus formadores en el camino de la fe, participan junto a ellos, acompañándolos con responsabilidad y alegría en la misión común de edificar la Iglesia y humanizar la sociedad.

Estos equipos de servicio, además, comparten la misma vocación que Cristo enseña: servir con amor, humildad y entrega, haciendo de la vida comunitaria un testimonio vivo del Evangelio, siendo constructores del presente. Por lo que los niños y adolescentes de Semilleros de Vocaciones no son el futuro, sino en presente.

La Iglesia y ELSP debe acompañarlos con la confianza en su formación y abrir espacios de participación y para ello algunas citas bíblicas que iluminan el trabajo apostólico de los dirigentes que están al cargo de la formación de los niños y adolescentes de Semilleros de Vocaciones:

“Id también vosotros a mi viña.” Mateo 20, 3-4

“Jesús llama a pescadores simples a dejar sus redes y seguirle, prometiéndoles ser pescadores de hombres.”
Marcos 1, 16-20

“La conversión y llamado de pablo (Saulo) es un ejemplo de un cambio radical y un envió a predicar a los gentiles”.
Hechos 9, 1-19

“Dios llama a Jeremías antes de su nacimiento, diciendo Antes de formarte en el vientre materno te conocí, y antes que nacieras te consagré”. Jeremías, 1, 4-10

Cristo nos dice les exhorto, pues a que se muestren dignos de la vocación que han recibido. Sean humildes, amables, comprensivos y sopórtense unos a otros con amor.

Mantengan entre ustedes lazos de paz y permanezca unidos en el mismo espíritu. Un solo cuerpo y un mismo espíritu, pues ustedes han sido llamados a una misma vocación y a una misma esperanza un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos que está por encima de todos, que actúa por todos y está en todos. Cada uno de nosotros ha recibido su talento y Cristo es quien fijó la medida de sus dones para cada uno. Pues se dijo subió a las alturas, llevo cautivos y les dio sus dones a los hombres. *(Lección 30 de Primer grado de Semilleros de Vocaciones “Los fieles Laicos”)*

La vocación laical es un llamado a vivir la fe con plenitud en medio del mundo, siendo testigos del Evangelio en la vida cotidiana, constructores de la sociedad según el Reino de Dios, y protagonistas activos en la misión de la Iglesia.

Pío XII decía: «Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia.

Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que, como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, constituye un componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad. Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. En efecto, la misma santidad vivida, que deriva de la participación en la vida de santidad de la Iglesia, representa ya la aportación primera y fundamental a la edificación de la misma Iglesia en cuanto «Comunión de los Santos».